

pre me daban á mí el trabajo, y que enviasen á otro; y luego vino Sandoval otra vez á mi rancho, y me dijo por ruegos que fuese con otros dos compañeros, los que yo escogiese, porque decía Cortés que, después de Dios, en mí tenía confianza que traería recaudo; y puesto que yo estaba malo, no le pude perder vergüenza, y demandé que fuese conmigo un Hernando de Aguilar y un Hinojosa, hombres que sabia que eran de sufrir trabajo; y salimos, y fuimos por unos arroyos abajo, y fuera de los arroyos, en el monte había unas señales de ramas cortadas, y seguimos aquel rastro mas de una legua, y luego salimos del arroyo, y dimos en unos ranchos pequeños, despoblados de aquel dia, y seguimos el mismo rastro, y desde léjos en una cuesta vimos unos maizales y una casa, y sentimos gente en ella; y como era ya puesta del sol, estuvimos en el monte hasta buen rato de la noche, que nos pareció que debían de dormir los moradores de aquellas milpas, y muy callando dimos presto en la casa y prendimos tres indios y dos mujeres mozas y hermosas para ser indias, y una vieja, y tenían dos gallinas y un poco de maíz y trujimos el maíz y gallinas con los indios é indias, y muy alegres volvimos al real; y cuando Sandoval lo supo, que fué el primero que estaba aguardando en el camino sobre tarde, de gozo no podía caber, y fuimos delante de Cortés, que lo tuvo en mas que si le dieran otra buena cosa. Entonces dijo Sandoval á Pedro de Ircio si tuvo Bernal Diaz del Castillo razon el otro dia cuando fué á buscar maíz, en decir que no queria ir sino con hombres sueltos, y no con quien vaya todo el camino muy de espacio, contando lo que le acaeció al conde de Urueña y á don Pedro Jiron, su hijo (porque estos cuentos decía el Pedro de Ircio muchas veces); no teneis razon de decir que él os revolvia con el señor capitán é conmigo; é todos se rieron dello; y esto dijo el Sandoval porque el Pedro de Ircio estaba mal conmigo; y luego Cortés me dió las gracias por ello y dijo: «Siempre tuve que había de traer recaudo.» Quiero dejar destas alabanzas, pues son vaciadizas, que no traen provecho ninguno; que otros las dijeron en Méjico cuando contaban deste trabajoso viaje. Volvamos á decir que Cortés se informó de las guías y de las dos mujeres, y todos conformaron que por un rio abajo habíamos de ir á un pueblo que está de allí dos dias de camino: el nombre del pueblo se decía Oculizti, que era de mas de ducientas casas, y estaba despoblado de pocos dias pasados; é yendo por nuestro rio abajo, topamos unos grandes ranchos, que eran de indios mercaderes, donde hacían jornada, y allí dormimos; y otro dia entramos en el mismo rio y arroyo, y fuimos obra de media legua por él, y dimos en buen camino, y á aquel pueblo de Coliste llegamos aquel dia, y había mucho maíz y legumbres, y en una casa de adoratorios de ídolos se halló un bonete viejo colorado y un alparagate ofrecido á los ídolos; y ciertos soldados que fueron por las barrancas trujeron á Cortés dos indios viejos y cuatro indias que se tomaron en los maizales de aquel pueblo, y Cortés les preguntó con nuestra lengua doña Marina por el camino, y qué tanto estaban de allí los españoles, y dijeron que dos dias, y que no había poblado ninguno hasta allá, y que tenían las casas junto á la costa de la mar; y luego incontinenti mandó Cor-

tés á Sandoval que fuese á pié con otros seis soldados, y que saliese á la mar, y que de una manera ú de otra procurase saber é inquirir si eran muchos españoles los que allí estaban poblados con Cristóbal de Olí, porque en aquella sazón no creíamos que hubiese otro capitán en aquella tierra; y esto queria saber Cortés para que diésemos sobre Cristóbal de Olí de noche si allí estuviese, ó prendelle á él ó á sus soldados; y el Gonzalo de Sandoval fué con los seis soldados, y tres indios por guías, que para ello llevaba de aquel pueblo de Oculizti; é yendo por la costa del norte, vió que venia por la mar una canoa á remo y á la vela, y se escondió de dia en un monte, porque vieron venir la canoa con los indios mercaderes, y venia costa á costa, y traían mercaderías de sal y de maíz, é iban á entrar en el rio grande del Golfo-Dulce, y de noche la tomaron en un ancon que era puerto de canoas, y en la misma canoa se metió el Sandoval con dos compañeros y con los indios remeros que traía la misma canoa y con las tres guías, y se fué costa á costa, y los demás soldados se fueron por tierra, porque supo que estaba cerca el rio grande, y llegados que hubieron cerca del rio grande, quiso la ventura que habían venido aquella mañana cuatro vecinos de la villa, que estaba poblada, y un indio de Cuba, de los de Gil Gonzalez de Avila, en una canoa, y pasaron de la parte del rio á buscar una fruta que llaman zapotes para comer asados, porque en la villa donde estaban, pasaban mucha hambre y estaban todos los mas dolientes, y no osaban salir á buscar bastimentos á los pueblos, porque les habían dado guerra los indios cercanos y muerto diez soldados después que los dejó allí Gil Gonzalez de Avila. Pues estando derrocando los de Gil Gonzalez los zapotes del árbol, y estaban encima del árbol los dos hombres, cuando vieron venir la canoa por la mar, en que venia el Gonzalo de Sandoval; y sus compañeros se espantaron y admiraron de cosa tan nueva, y no sabían si huir, si esperar; y como llegó Sandoval á ellos les dijo que no hubiesen miedo; y así, estuvieron quedos y muy espantados; y después de bien informados el Sandoval y sus compañeros de los españoles cómo y de qué manera estaban allí poblados los de Gil Gonzalez de Avila, y del mal suceso de la armada del de las Casas, que se perdió, y cómo el Cristóbal de Olí los tuvo presos al de las Casas y al Gil Gonzalez de Avila, y cómo degollaron en Naco á Cristóbal de Olí por sentencia que dieron contra él, y cómo eran partidos para Méjico, y supieron quién y cuántos estaban en la villa, y la gran hambre que pasaban, y cómo había pocos dias que habían ahorcado en aquella villa al teniente y capitán que les dejó allí el Gil Gonzalez de Avila, que se decía Armenta, y por qué causa le ahorearon, que fué porque no les dejaba ir á Cuba; acordó Sandoval de llevar luego aquellos hombres á Cortés, y no hacer novedad ni ir á la villa sin él, para que de sus personas fuese informado; y entonces un soldado que se decía Alonso Ortiz, vecino que después fué de una villa que se dice San Pedro, suplicó á Sandoval que le hiciese merced de darle licencia para adelantarse una hora para llevar las nuevas á Cortés y á todos los que con él estábamos, porque le diésemos albricias, y así lo hizo; de las cuales nuevas se holgó Cortés y todo nuestro real,

creyendo que allí acabáramos de pasar tantos trabajos como pasábamos, y se nos doblaron mucho mas, segun adelante diré; é á Alonso Ortiz, que llevó estas nuevas, Cortés le dió luego un caballo muy bueno rosillo, que llaman Cabeza de Moro, y todos le dimos de lo que entonces teníamos; y luego llegó el capitán Sandoval con los soldados y el indio de Cuba, y dieron relacion á Cortés de todo lo por mí dicho, y de otras muchas cosas que les preguntaba, y cómo tenían en aquella villa un navío que estaban calafateando en un puerto obra de media legua de allí, el cual tenían para se embarcar todos en él é irse á Cuba, y que porque no les había dejado embarcar el teniente Armenta le ahorcaron, y tambien porque mandaba dar garrote á un clérigo que revolvia la villa, y alzaron por teniente á un Antonio Nieto en lugar del Armenta, que ahorcaron. Dejemos de hablar de las nuevas de los dos españoles, y digamos los llores que en su villa se hicieron viendo que no volvieran aquella noche los vecinos y el indio de Cuba, que habían ido á buscar la fruta, que creyeron que indios los habían muerto, ó tigres ó leones, y el uno de los vecinos era casado, y su mujer lloraba por él, y todos los vecinos, y tambien el clérigo, que se llamaba el bachiller Hulano Velazquez; y se juntaron en la iglesia, y rogaban á Dios que les ayudase y que no viniesen mas males sobre ellos, y no hacia la mujer sino rogar á Dios por el ánima del marido. Volvamos á nuestra relacion: que luego Cortés nos mandó á todo nuestro ejército ir camino de la mar, que seria seis leguas, y aun en el camino había un estero muy crecido y hondo, que crecía y menguaba, y estuvimos aguardando que menguase medio dia, y lo pasamos á vuelapié é á nado, y llegamos al gran rio del Golfo-Dulce, y el primero que quiso ir á la villa, que estaba de allí dos leguas, fué el mismo Cortés con seis soldados, sus mozos de espuelas, y fué, é las doce canoas atadas, que una era en que habían venido los soldados de Gil Gonzalez á buscar zapotes, y la otra que Sandoval había tomado en la costa á los indios; que para aquel menester las habían varado en tierra y escondido en el monte para pasar en ellas, y las tornaron á echar al agua, y se ataron una con otra de manera que estaban bien fijas, y en ellas pasó Cortés y sus criados, y luego en las mismas canoas mandó que se pasasen dos caballos, y es desta manera, en las canoas remando, y los caballos del cabestro nadando junto á las canoas y con maña, y no dar mucho lazo al caballo, porque no trastorne la canoa; mandó que hasta que viésemos su carta ó mandato, que no pasásemos ningunos en las mismas canoas, por el gran riesgo que había en el pasaje, que Cortés se vió arrepentido de haber ido en ellas, porque venia el rio con gran furia. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas nos pasó.

CAPITULO CLXXIX.

Cómo Cortés entró en la villa donde estaban poblados los de Gil Gonzalez de Avila, y de la gran alegría que todos los vecinos hubieron, y lo que Cortés ordenó.

Después que Cortés hubo pasado el gran rio del Golfo-Dulce de la manera que dicho tengo, fué á la villa donde estaban poblados los españoles de Gil Gonzalez de Avila, que seria de allí á dos leguas, que estaban

HA-II.

junto á la mar, y no adonde solian estar primero poblados, que llamaron San Gil de Buena-Vista; y cuando vieron entre sus casas hombres á caballo y otros seis á pié, espantáronse en gran manera, y como supieron que era Cortés, que tan nombrado era en todas estas partes de las Indias y en Castilla, no sabían qué se hacer de placer; y después de venir todos á besarle las manos y darle el parabien-venido, Cortés les habló muy amorosamente, y mandó al teniente, que se decía Nieto, fuese donde daban carena al navío y trujesen dos bateles que tenían, y que si había canoas, que asimismo las trujesen atadas de dos en dos, y mandó que se buscara todo el cazabe que allí tenían y lo llevasen al capitán Sandoval, que otro pan de maíz no había para que comiesen, y repartiérase entre todos nosotros los de su ejército; y el teniente lo buscó luego y no se hallaron cincuenta libras dello, porque no comían sino zapotes asados y legumbres y algun marisco que pescaban; y aun aquel cazabe que dieron guardaron para el matallotaje para irse á Cuba cuando estuviese calafateado el navío; y con dos bateles y ocho marineros que luego vinieron, escribió Cortés á Sandoval que él mismo en persona y el capitán Luis Marin fuesen los postreros que pasasen aquel gran rio, y que mirase que no se embarcasen mas de los que él mandase; y los bateles pasaron sin mucha carga, por causa de la gran corriente del rio, que venia muy crecido y recio, y con cada batel dos caballos, y en las canoas no pasase caballo ninguno, que se perderían y trastornarían, segun la furia del corriente; y sobre el pasar delante uno que se decía Saavedra, hermano de otro Abalos, parientes de Cortés, querían pasar primero, puesto que Sandoval decía que en la primera barca pasarían, porque pasaban en aquella sazón los tres religiosos, y que era justo tener primero cumplimiento con ellos; y como el Saavedra era pariente de Cortés, no quisiera que Sandoval le pusiera impedimento, sino que callara; y respondióle no tan bien mirado como convenia; y el Sandoval, que no se las sufria, tuvieron palabras, de manera que el Saavedra echó mano á un puñal; y puesto que el Sandoval, como estaba dentro en el rio á mas de la rodilla el agua deteniendo que los bateles no se cargasen demasiado, así como estaba arremetió al Saavedra, y le tenia tomada la mano donde tenia el puñal, y le derrocó en el agua, y si de presto no nos metiéramos entre ellos y los despartiéramos, ciertamente el Saavedra librara mal, porque todos los mas soldados nos mostramos de la parte del Sandoval. Dejemos esta cuestion, y diré cómo estuvimos cuatro dias en pasar aquel rio, y de comer, ni por pensamiento, si no era de unas pacayas que nacen de unas palmillas chicas, y otras como nueces, que asábamos y las partíamos, y los meollos dellas comíamos; y en aquel rio se ahogó un soldado con su caballo, el cual soldado se decía Tarifa, que pasaba en una canoa, y no pareció mas él ni el caballo. Tambien se ahogaron dos caballos, y el uno era de un soldado que se decía Solís Casquete, que hacia bramuras por él é maldecía á Cortés y á su viaje. Quiero decir de la grande hambre que allí en el pasar del rio hubo, y aun del murmurar de Cortés y de su venida, y aun de todos nosotros que le seguíamos; pues cuando hubimos lle-

gado al pueblo no había bocado de cazabe que comer, ni aun los vecinos lo tenían, ni sabían caminos, si no era de dos pueblos que allí cerca solían estar, que se habían ya despoblado, y luego Cortés mandó al capitán Luis Marin que con los vecinos de Guacacualco fuésemos á buscar maíz; lo cual adelante diré.

CAPITULO CLXXX.

Cómo otro día después de haber llegado á aquella villa, que yo no le sé otro nombre sino San Gil de Buena-Vista, fuimos con el capitán Luis Marin hasta ochenta soldados, todos á pié, á buscar maíz y á descubrir la tierra, y lo que mas pasó diré adelante.

Ya he dicho que como llegamos á aquella villa que Gil Gonzalez de Avila tenía poblada, no tenían qué comer, y eran hasta cuarenta hombres y cuatro mujeres de Castilla y las dos mulatas, y todos dolientes y las colores muy amarillas; y como no teníamos qué comer nosotros ni ellos, no vimos la hora de illo á buscar; y Cortés mandó que saliese el capitán Luis Marin con los de Guacacualco y buscásemos maíz; y fuimos con él sobre ochenta soldados á pié hasta ver si había caminos para caballos, y llevábamos con nosotros un indio de Cuba que nos fuese guiando á unas estancias y pueblos que estaban de allí ocho leguas, donde hallamos mucho maíz é infinitos cacaguatales y frisoles y otras legumbres, donde tuvimos bien que comer, y aun enviamos á decir á Cortés que enviase todos los indios mejicanos y llevarian maíz, y le socorrimos entonces con otros indios con diez hanegas de ello, y luego enviamos por nuestros caballos; y como Cortés supo que estábamos en buena tierra, y se informó de indios mercaderes que entonces se habían prendido en el río del Golfo-Dulce, que para ir á Naco, donde degollaron á Cristóbal de Oli, era camino derecho por donde estábamos, envió á Gonzalo de Sandoval con toda la mayor parte de su ejército que nos siguiese, y que nos estuviésemos en aquellas estancias hasta ver su mandado. Y como llegó el Sandoval adonde estábamos, y vió que había abundantemente qué comer, se holgó mucho, y luego envió á Cortés sobre treinta hanegas de maíz con indios mejicanos, lo cual repartió á los vecinos que en aquella villa quedaban; y como estaban hambrientos y no eran acostumbrados sino á comer zapotecas asadas y cazabe, y como se hartaron de tortillas, con el maíz que les enviamos, se les hincharon las barrigas, é como estaban dolientes, se murieron siete dellos; y estando desta manera con tanta hambre, quiso Dios que aportó allí un navío que venía cargado de las islas de Cuba con siete caballos y cuarenta puercos y ocho pipas de tasajos salados, y pan cazabe, y venían hasta quince pasajeros y ocho marineros, y cuya era toda la mas cargazon de aquel navío se decía Anton de Camargo, y Cortés compró fiado todo cuanto bastimento traía, y repartió dello á los vecinos; y como estaban de antes en tanta necesidad y debilitados, y se hartaron de la carne salada, dió á muchos dellos cámaras, de que murieron catorce. Pues como vino á aquel navío con la gente y marineros, parecióle á Cortés que era bien ir á ver y calar y bojar aquel tan poderoso río, si había poblaciones arriba, y qué tierra era; y luego mandó calafatear un bergantín que estaba al través, que era de los de Gil Gonzalez de Avila, y adobar un

batel y hacelle como barco del descargo, y con cuatro canoas, atadas unas con otras, y con treinta soldados y los ocho hombres de la mar de los nuevamente venidos en el navío, y Cortés por su capitán, y con veinte indios mejicanos, se fué por el río, y obra de diez leguas que hubo ido el río arriba, halló una laguna muy ancha, que tenía el ojo de anchor seis leguas, y no había poblacion ninguna al rededor della, porque todo era anegadizo; y siguiendo el río arriba, venía ya muy corriente mas que de antes, y había unos saltaderos, que no podían ir con el bergantín y los bateles y las canoas, acordó de las dejar allí en el río en un remanso con seis españoles en guarda dellas, y fué por tierra por un camino angosto, y llegó á unos pueblezuelos despoblados, y luego dió en unos maizales, y de allí tomó tres indios por guías, que le llevaron á unos pueblos chicos, donde tenían mucho maíz y gallinas, y aun tenían faisanes, que en estas tierras llaman sacachueles, y perdices de la tierra y palomas; y esto de tener perdices desta manera, yo lo he visto y hallado en pueblos que están en comarca destos de Golfo-Dulce, cuando fui en busca de Cortés, como adelante diré. Volvamos á nuestra relacion: que allí tomó Cortés guías y pasó adelante, y fué á otros pueblezuelos que se dicen Cinacan, Tencintle, donde tenían grandes cacaguatales y maizales y algodon, y antes que á ellos llegasen oyeron tañer atabales y trompetillas, haciendo fiestas y borracheras; y por no ser sentido Cortés, estuvo escondido con sus soldados en un monte; y cuando vió que era tiempo de ir á ellos, arremeten todos á una, y prendieron hasta diez indios y quince mujeres, y todos los mas indios de aquel pueblo de presto se fueron á tomar sus armas, y vuelven con arcos y flechas y lanzas, y comenzaron á flechar á los nuestros, y Cortés con los suyos fué contra ellos, y acuchillaron ocho indios que eran principales; y como vieron el pleito mal parado y las mujeres tomadas, enviaron cuatro hombres viejos, y los dos eran sacerdotes de idolos, é vinieron muy mansos á rogar á Cortés que les diese los presos, y trujeron ciertas joyezuelas de oro de poca valía; y Cortés les habló con doña Marina, que allí iba con Juan Jaramillo, su marido, porque Cortés sin ella no podía entender los indios, y les dijo que llevasen el maíz é gallinas y sal y todo el bastimento que allí les señaló, é dió á entender adónde habían quedado los bergantines y el barco y las canoas, y luego les daría los presos; y les dieron á entender en qué parte del río quedaban, y dijeron que sí harían, y que cerca de allí estaba uno como estero que salía al río; y luego hicieron barcas, y medio nadando las llevaron hasta que dieron en fondo, que pudieron nadar bien. Pues como Cortés había quedado de les dar todos los presos, pareció ser mandó Cortés que se quedasen tres mujeres con sus maridos para hacer pan y servirse de los indios, y no se las dieron; y sobre ello apellidanse todos los indios de aquel pueblo, y sobre las barrancas del río dan una buena mano de vara, flecha y piedra á Cortés y á sus soldados, de manera que hirieron á Cortés en la cara y á otros doce soldados; allí se les desbarató una barca y se perdió la mitad de lo que traía, y se ahogó un mejicano; y en aquel río hay tantos moxicotes, que no se podían valer, y Cortés todo lo sufría, y da vuelta para su

villa, que no sé cómo se la nombró, y bastécela mucho mas de lo que estaba. Ya he dicho que el pueblo do llegó Cortés se decía Cinacan, y me han dicho ahora que estará de Guatimala setenta leguas, y tardó Cortés en este viaje y volver á la villa veinte y seis días; y como vió que no era bien poblar allí, por no haber pueblos de indios, y como tenía mucho bastimento, así de lo que antes estaba como de lo que al presente traía, acordó de escribir á Gonzalo de Sandoval que luego se fuese á Naco, y le hizo saber todo lo aquí por mí dicho de su viaje del Golfo-Dulce, segun lo tengo aquí relatado, y como iba á poblar á Puerto de Caballos, y que le enviase diez soldados de los de Guacacualco, que sin ellos no se hallaba en las entradas.

CAPITULO CLXXXI.

Cómo Cortés se embarcó con todos los soldados que había traído en su compañía y los que había en San Gil de Buena-Vista, y fué á poblar adonde agora llaman Puerto de Caballos, y se le puso nombre la Natividad, y lo que en él se hizo.

Pues como Cortés vió que en aquel asiento que halló poblando á los de Gil Gonzalez de Avila no era bueno, acordó de se embarcar en los dos navíos y bergantín con todos cuantos en aquella villa estaban, que no quedó ninguno, y en ocho días de navegacion fué á desembarcar adonde agora llaman Puerto de Caballos, y como vió aquella bahía buena para puerto, y supo de indios que había cerca poblaciones, acordó de poblar una villa que la nombró Natividad, y puso por su teniente á un Diego de Godoy, y dende allí hizo dos entradas en la tierra adentro á unos pueblos cercanos, que ahora están despoblados; tomó lengua dellos cómo había cerca otros pueblos, basteció la villa de maíz, y supo que estaba el pueblo de Naco, donde degollaron á Cristóbal de Oli, cerca, y escribió á Gonzalo de Sandoval, creyendo que ya había llegado y estaba de asiento en Naco, que le enviase diez soldados de los de Guacacualco, y decía en la carta que sin ellos no se hallaba en hacer entradas; y le escribió cómo quería ir dende allí al puerto de Honduras, adonde estaba poblada la villa de Trujillo, y que el Sandoval con sus soldados pacificasen aquellas tierras y poblasen una villa; la cual carta vino á Sandoval estando que estábamos en las estancias por mí ya dichas, que no habíamos llegado á Naco. Y dejemos de decir de Cortés y sus entradas que hacia dende Puerto de Caballos, y de los muchos mosquitos que en ella le picaban, así de día como de noche; que á lo que después le oía decir, tenía con ellos tan malas noches, que estaba la cabeza sin sentido, de no dormir. Pues como Gonzalo de Sandoval vió las cartas de Cortés, luego se fué dende aquellas estancias que dicho tengo, á unos pueblezuelos que se dicen Cuyoacan, que estaban de allí siete leguas, y no se pudo ir luego á Naco, como Cortés le había mandado, por no dejar atrás en los caminos muchos soldados que se habían apartado á otras estancias por tener qué comer ellos y sus caballos, y por causa que al pasar de un río muy hondo que no se podía vadear, y era camino de las estancias, é por dejar recaudo de una canoa con que pasasen los españoles que quedaban rezagados y muchos indios mejicanos que venían dolientes; y esto fué tambien porque de unos

pueblos cercanos de las estancias, que confinaban con el río y Golfo-Dulce, venían cada día allí de guerra muchos indios de los pueblos, y porque no hiciesen algun mal recaudo y muertes de españoles y de indios mejicanos, mandó Sandoval que quedásemos á aquel paso ocho soldados, y á mí me dejó por caudillo dellos, y que tuviésemos una canoa del pasaje siempre varada en tierra, y que estuviésemos alerta si daban voces pasajeros de los que estaban en las estancias, para luego les pasar; y una noche vinieron muchos indios guerreros de los pueblos cercanos y de las estancias, creyendo que no nos yelábamos; é por tomarnos la canoa dan de repente en los ranchos en que estábamos y les pusieron fuego, y no vinieron tan secreto, que ya les habíamos sentido; y nos recogimos todos ocho soldados y cuatro mejicanos de los que estaban sanos, y arremetimos á los guerreros, y á cuchilladas les hicimos volver por donde habían venido, puesto que flecharon á dos soldados y á un indio, mas no fueron mucho las heridas; y como aquello vimos, fuimos tres compañeros á las estancias adonde sentíamos que habían quedado indios y españoles dolientes, que sería una legua de allí, y trujimos á un Diego de Mazariegos, ya otras veces por mí nombrado, y á otros españoles que estaban en su compañía y á indios mejicanos que estaban dolientes, y luego les pasamos el río y fuimos adonde Sandoval estaba; é yendo que íbamos nuestro camino, como un español de los que habíamos recogido en las estancias iba muy malo, y era de los nuevamente venidos de Castilla, y medio isleño, hijo de ginovés, y como iba malo, y sin tener qué le dar de comer, sino tortillas y pinol, ya que llegábamos obra de media legua de donde estaba Sandoval, se murió en el camino y no tuve gente para llevar el cuerpo muerto hasta el real; y llegado donde el Sandoval estaba, le dije de nuestro viaje y del hombre que se quedó muerto, y hubo enojo conmigo porque entre todos nosotros no le trujimos á cuestras ó en un caballo, y le dijimos al Sandoval que traíamos dos dolientes en cada caballo é nos veníamos á pié, y que por esta causa no se pudo traer; y un soldado que se decía Bartolomé de Villanueva, que era mi compañero, respondió al Sandoval muy soberbio que harto teníamos que traer nuestras personas, sin traer muertos á cuestras, y que renegaba de tanto trabajo é pérdida como Cortés nos había causado; y luego mandó Sandoval á mí y al Villanueva, sin mas parar le fuésemos á enterrar; y llevamos dos indios mejicanos y un azadon, é hicimosle su sepultura y lo enterramos y le pusimos una cruz, y hallamos en la faltriquera del muerto una taleguilla con muchos dados y un papel escrito, que era una memoria de donde era natural y cuyo hijo era y qué bienes tenía en Tenerife; é después, el tiempo andando, se envió aquella memoria á Tenerife; perdónale Dios, amen. Dejemos de contar cuentos, y quiero decir que luego Sandoval acordó que fuésemos á otros pueblos que agora están cerca de unas minas que descubrieron dende á tres años; y dende allí fuimos á otro pueblo que se dice Quinistan, y otro día á hora de misa fuimos á Naco, y en aquella sazón era buen pueblo y hallámosle despoblado de aquel mismo día; y después de nos aposentar en unos patios muy grandes, adonde habían degollado al maestre de

campo Cristóbal de Olí, otras veces por mí nombrado, que estaba el pueblo bien bastecido de maíz y de frisoles y ají, y también hallamos un poco de sal, que era la cosa que más deseábamos, y allí asentamos nuestro fardaje, como si hubiéramos de estar en él para siempre. Hay en este pueblo la mejor agua que habíamos visto en toda la Nueva-España, y un árbol que en mitad de la siesta, por riego sol que hiciese, parecía que la sombra del árbol refrescaba el corazón, y caía dél uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas; y aqueste pueblo en aquella sazón fué muy poblado y en buen asiento, y había fruta de los zapotes colorados y de los chicos, y estaba en comarca de otros pueblos chicos. Y dejallo hé aquí, y diré lo que allí nos avino.

CAPITULO CLXXXII.

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval comenzó á pacificar aquella provincia de Naco, y de los grandes reencuentros que con los de aquella provincia tuvo, y lo que más se hizo.

Desde que hubimos allegado al pueblo de Naco y recogido maíz, frisoles y ají, y con tres principales de aquel pueblo que allí en los maizales prendimos, á los cuales Gonzalo de Sandoval halagó y dió cuentas de Castilla, y les rogó que fuesen á llamar á los demás caciques, que no se les haría enojo ninguno, fueron así como se lo mandó, y vinieron dos caciques; mas no pudo acabar con ellos que se poblase el pueblo, salvo traer de cuando en cuando poca comida; ni nos hacían bien ni mal, ni nosotros á ellos; y así estuvimos los primeros días, y Cortés había escrito á Gonzalo de Sandoval, como de antes dicho tengo, que luego le enviase á Puerto de Caballos diez soldados de los de Guacacualco, y todos nombrados por sus nombres, y entre ellos era yo uno, y en aquella sazón estaba yo algo malo, y dije á Sandoval que me excusase, porque estaba mal dispuesto, y él, que lo había gana, y así quedé; y envió ocho soldados muy buenos varones para cualquiera afrenta, y aun fueron de tan mala voluntad, que renegaban de Cortés y aun de su viaje, y tenían mucha razón, porque no sabían cierto si la tierra por donde habían de ir estaba de paz. Acordó Sandoval de mandar á los caciques de Naco cinco principales indios, que fuesen con ellos hasta el Puerto de Caballos, y les puso temores que si algún enojo recibía alguno de sus soldados, que les quemaría el pueblo y que les iría á buscar y dar guerra; y mandó que en todos los pueblos por donde pasasen les diesen muy bien de comer; y fueron su viaje hasta el Puerto de Caballos, donde hallaron á Cortés, que se quería embarcar para ir á Trujillo, y se holgó con ellos, y supo cómo quedábamos buenos, y los llevó consigo en los navíos, y luego se embarcó, y dejó en aquella villa de Puerto de Caballos á un Diego de Godoy por su capitán, con hasta cuarenta vecinos, que eran todos los más de los que solían ser de Gil Gonzalez de Avila y de los nuevamente venidos de las islas; y de que Cortés se hubo embarcado y su teniente Godoy quedó en la villa, con los soldados que más sanos tenía hacia entradas en los pueblos comarcanos, é trujo dos dellos de paz; mas como los indios vieron que los soldados que allí quedaban estaban todos los más dellos dolientes y se morían cada día, no

hacían cuenta dellos, y á esta causa no les acudían con comida, ni ellos eran para illo á buscar, y pasaban gran necesidad de hambre, y en pocos días se murieron la mitad dellos, y se despoblaron otros tres dellos, que se vinieron huyendo donde estábamos con Sandoval. Y dejallo hé aquí en este estado, y volveré á Naco, que, como Sandoval había visto que no se querían venir á poblar el pueblo los indios vecinos y naturales de Naco, aunque los enviaba á llamar muchas veces, y á los demás pueblos comarcanos, no venían ni hacían cuenta de nosotros, acordó de ir en persona y hacer de manera que viniesen; y fuimos luego á unos pueblos que se decían Girimonga y Aculaco, y á otros tres pueblos que estaban cerca de Naco, y todos vinieron á dar la obediencia á su majestad, y luego fuimos á Quizmitán y á otro pueblo de la sierra, y ansimesmo vinieron; por manera que todos los indios de aquella comarca venían de paz, y como no se les demandaba cosa ninguna más de lo que ellos querían dar, no tenían pesadumbre de venir, y desta manera estaba todo de paz hasta donde pobló Cortés la villa que agora se dice Puerto de Caballos. Y dejémos esta materia, porque por fuerza tengo de volver á decir de Cortés, que fué á desembarcar al puerto de Trujillo; y porque en una sazón ácaecen dos ó tres cosas, como otras veces he dicho en los capítulos pasados, y tengo de meter la pluma por los pasos contados, dónde y de qué manera nosotros conquistábamos y poblábamos, como muy claramente lo habrán visto los curiosos lectores; y aunque se deje por agora de decir de Sandoval y todo lo que en la provincia de Naco le avino, quiero decir lo que Cortés hizo en Trujillo.

CAPITULO CLXXXIII.

Cómo Cortés desembarcó en el puerto que llaman de Trujillo, y cómo todos los vecinos de aquella villa le salieron á recibir y se holgaron mucho con él, y de todo lo que allí hizo.

Como Cortés se hubo embarcado en el puerto de Caballos, y llevó en su compañía muchos soldados de los que trujo de Méjico y los que le envió Gonzalo de Sandoval, y con buen tiempo en seis días llegó al puerto de Trujillo; y cuando los vecinos que allí vivían, que dejó poblados Francisco de las Casas, supieron que era Cortés, todos fueron á la mar, que estaba cerca, á lo recibir, y le besaron las manos, porque muchos vecinos de aquellos eran bandoleros de los que echaron de Pánuco, y fueron en dar consejo á Cristóbal de Olí para que se alzase, y los habían desterrado de Pánuco, según dicho tengo en el capítulo que dello habla; y como se hallaban culpantes, suplicaron á Cortés que les perdonase; y Cortés con muchas caricias y ofrecimientos los abrazó á todos y los perdonó, y luego se fué á la iglesia, y después de hecha oración, le aposentaron lo mejor que pudieron, y le dieron cuenta de todo lo acaecido del Francisco de las Casas y del Gil Gonzalez de Avila, y por qué causa degollaron á Cristóbal de Olí, y cómo se habían ido camino de Méjico, y cómo habían pacificado algunos pueblos de aquella provincia; y como Cortés bien lo hubo entendido, á todos los honró de palabras y con dejalles los cargos según y de la manera que los tenían, excepto que hizo capi-

tan general de aquellas provincias á su primo Saavedra, que así se llamaba, lo cual tuvieron por bien; y luego envió á llamar á todos los pueblos comarcanos, y como tuvieron nueva que era el capitán Malinche, que así se llamaban, y sabían que había conquistado á Méjico, luego vinieron á su llamado y le trujeron presentes de bastimentos; y cuando se hubieron juntado los caciques de cuatro pueblos más principales, Cortés les habló con doña Marina y les dijo las cosas tocantes á nuestra santa fe, y que todos éramos vasallos del gran emperador que se dice don Carlos de Austria, y que tiene muy grandes señores por vasallos, y que nos envió á estas partes para quitar sodomías y robos é idolatrías, y para que no consienta comer carne humana, ni hubiesen sacrificios ni robasen, ni se diesen guerra unos á otros, sino que fuesen hermanos y como tales se tratasen, y también venía para que diesen la obediencia á tan alto rey y señor como les había dicho que tenemos, y le contribuyan con servicios y de lo que tuvieren, como hacemos todos sus vasallos; y les dijo otras muchas cosas la doña Marina, que lo sabía bien decir; y los que no quisiesen venir á se someter al dominio de su majestad, que les castigaría, y aun fray Juan de las Varillas y los dos religiosos franciscos que Cortés traía les predicaron cosas muy santas y buenas, y lo que decían los frailes franciscos se lo declaraban dos indios mejicanos que sabían la lengua española, con otros intérpretes de aquella lengua; y más les dijo, que en todo les guardaría justicia, porque así lo mandaba nuestro rey y señor; y porque hubo otros muchos razonamientos y los entendieron muy bien los caciques, dijeron que se daban por vasallos de su majestad y que harían lo que Cortés les mandaba, y luego les dijo que trujesen bastimento á aquella villa; y también les mandó que viniesen muchos indios y trujesen hachas, y que talasen un monte que estaba dentro en la villa, para que desde allí se pudiese ver la mar y puerto; y también les mandó que fuesen en canoas á llamar tres ó cuatro pueblos que están en unas isletas que se llaman los Guanajes, que en aquella sazón estaban pobladas, y que trujesen pescado, pues que tenían mucho; y así lo hicieron, que dentro en cinco días vinieron los pueblos de las isletas, y todos traían presentes de pescado y gallinas; y Cortés les mandó dar unas puercas y un barcaco que se halló en Trujillo, y de los que traía de Méjico, para que hiciesen casta, porque le dijo un español que era buena tierra para multiplicar con soltales en las isletas sin ponerles guarda; y así fué como dijo, que dentro en dos años hubo muchos puercos y los iban á montar. Dejemos esto, pues no hace á nuestra relación, y no me lo tengan por prolijidad en contar cosas viejas; y diré que vinieron tantos indios á talar los montes de la villa que Cortés les mandó, que en dos días se vió claramente muy bien la mar, é hicieron quince cascas, y una para Cortés muy buena; y esto hecho, se informó Cortés qué pueblos y tierras estaban rebeldes y no querían venir de paz; y unos caciques de un pueblo que se dice Papayeca, que era cabecera de otros pueblos, que en aquella sazón era grande pueblo, que agora está con muy poca gente ó casi ninguna, le dió á Cortés una memoria de muchos pueblos que no que-

rían venir de paz, que estaban en grandes sierras y tenían fuerzas hechas; y luego Cortés envió al capitán Saavedra con los soldados que le pareció que convenían ir con él, y con los ocho de Guacacualco fué por su camino hasta que llegó á las poblaciones que solían estar de guerra, y salieron de paz los más dellos, excepto tres pueblos, que no se quisieron venir; y tan temido era Cortés de los naturales y tan nombrado, que hasta los pueblos de Olancho, donde fueron las minas ricas que después se descubrieron, era temido y acatado, y llamábanle en todas aquellas provincias el capitán Hue, Hue de Marina, que quiere decir el capitán viejo que trae á doña Marina. Dejemos á Saavedra, que está con su gente sobre los pueblos que no se querían dar, que me parece que se decían los acaltecas, y volvamos á Cortés, que estaba en Trujillo, é ya le habían adolecido los frailes franciscos y un su primo que se decía Abalos, y el licenciado Pedro Lopez, y Carranza el mayordomo y Guinea el despensero y un Juan Flamenco, y otros muchos soldados, así de los que traía como de los que halló en Trujillo, y aun el Anton de Carmona, que trujo el navío con el bastimento; y acordó de los enviar á la isla de Cuba, á la Habana, ó á Santo Domingo si viesen que el tiempo hacía bueno en la mar, y para ello les dió el un navío bien aderezado y calafateado, con el mejor matalotaje que se pudo haber; y escribió á la audiencia real de Santo Domingo y á los frailes jerónimos y á la Habana, dando cuenta cómo había salido de Méjico en busca de Cristóbal de Olí, y cómo dejó sus poderes á los oficiales de su majestad, y del trabajoso camino que había traído, y cómo el Cristóbal de Olí hubo preso á un capitán que se decía Francisco de las Casas, que Cortés había enviado para tomar el armada al mismo Cristóbal de Olí, y que también había preso á un Gil Gonzalez de Avila, siendo gobernador del Golfo-Dulce; y que teniéndolos presos, los dos capitanes se concertaron y le dieron de cuchilladas, y por sentencia, después que lo tuvieron preso, le degollaron, y que al presente estaba poblado la tierra y pueblos sujetos á aquella villa de Trujillo, y que era tierra rica de minas, y que enviase soldados; que en aquella tierra de Santo Domingo no tenían con qué se sustentaran; y para dar crédito que había oro envió muchas joyas y piezas de las que traía en su recámara, é vajilla de lo que trujo de Méjico, y aun de la vajilla de su apartador, y por su capitán de aquel navío á un su primo que se decía Abalos, y le mandó que de camino tomase veinte y cinco soldados que había dejado un capitán, que tuvo nueva que andaba á saltar indios en las isletas en lo de Cozumel. Y partido del puerto de Honduras, que así se llamaba, unas veces con buen tiempo é otras con contrario, pasaron adelante de la Punta de Sant-Anton, que está junto á las sierras que llaman de Guaniguanico, que será de la Habana sesenta ó setenta leguas, y con temporal dieron con el navío en tierra, de manera que se ahogaron los frailes y el capitán Abalos y muchos soldados, y dellos se salvaron en el batel y en tablas, y con mucho trabajo aportaron á la Habana, y dende allí fué la fama volando por toda la isla de Cuba cómo Cortés y todos nosotros éramos vivos, y en pocos días fué la nueva á Santo Domingo,